

JIM CRACE

COSECHA

TRADUCCIÓN DE PABLO GONZÁLEZ-NUEVO



SENSIBLES A LAS LETRAS, 22

Título original: *Harvest*

Primera edición en Hoja de Lata: abril de 2016

© Jim Crace, 2013

© de la traducción: Pablo González-Nuevo, 2016

© de la imagen de la cubierta: Diana Scherer, *Harvest*, 2015

© de la fotografía de la solapa: Andrew Bainbridge, 2009

© de la presente edición: Hoja de Lata Editorial SL, 2016

Hoja de Lata Editorial SL

Avda. Galicia, 21, 4.º E, 33212, Xixón, Asturias [España]

info@hojadelata.net

www.hojadelata.net

Edición y composición: Hoja de Lata Editorial SL

Diseño de la colección: Trabajadores culturales Glayú

Corrección de pruebas: Tania Galán Álvarez

ISBN: 978-84-16537-09-9

Depósito legal: AS 00043-2016

Impreso en Eujoa, Meres, Siero, Asturias [España]

Impreso en la Unión Europea-Printed in the European Union

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



El papel que emplea Hoja de Lata en sus libros posee el certificado FSC del Forest Stewardship Council, con el que se garantiza el manejo ambientalmente apropiado, socialmente benéfico y económicamente viable de los bosques del mundo.

Al amanecer, dos columnas de humo nos sorprenden en el cielo en una época del año aún demasiado cálida para encender el fuego del hogar. Por lo menos sorprenden a todos los que no hemos estado de jarana la pasada noche. Esta región está acostumbrada a convivir con las llamas. Más allá de las zanjas y fosos que marcan los límites de nuestras tierras y aún al arropo de los bosques, en las tierras comunales, donde hasta hace poco no había nadie que pudiera encender un fuego, ciertos recién llegados han construido recientemente una cabaña —cuatro toscas paredes y algo parecido a un tejado— bajo la obsequiosa luz de una gigantesca luna de cosecha. Desde entonces han encendido varias fogatas en esas zonas apartadas. Su fuego por lo general es húmedo. Utilizan ramas verdes para conseguir un humo negro que no dé lugar a confusiones. Se eleva en una columna firme y bien dibujada que no comienza a difuminarse hasta alcanzar gran altura perdiéndose en el cielo. «Han llegado nuevos vecinos», parece decir. «Han construido un hogar con su chimenea y conocen la ley». Su primer fuego les concedió el derecho a quedarse. Ya veremos.

Pero es la segunda estela de humo la que nos llama la atención, empujándonos a abandonar nuestros hogares muy temprano en esta jornada de descanso y a correr apresuradamente

hacia la casa del amo Kent. Desde la distancia el humo es pálido. Nadie se ha molestado en añadir ramas verdes para oscurecerlo. Las llamas sin embargo son más intensas. Es un fuego alimentado por madera, de eso no hay duda. Madera antigua y de árboles fuertes, talados hace tiempo. Es fácil apreciar los años en su olor. Por un momento tememos que se trate de la casa del amo y que recaiga sobre nosotros la culpa por no haber despertado a tiempo. Será mejor que preparemos alguna excusa. Si acaso hemos creído escuchar esta mañana el crujir de sus vigas y travesaños, lo habremos confundido con la habitual danza de los árboles agitados por el viento, con el estridente trajín de nuestros sueños y los quejidos de nuestros huesos. Ayer fue el último día de cosecha, la jornada en que se recogió la última gavilla. Por eso todos esperábamos poder dormir hasta bien entrada la mañana, con los brazos cansados —naturalmente— pero con el corazón lleno de optimismo. La felicidad, se podría decir, nubló nuestros sentidos. Solo cuando escuchamos los estridentes y aterrorizados relinchos de Willowjack, la yegua alazana favorita del amo, despertamos y acudimos a prestar ayuda, la ayuda debida. Nadie desea que el amo pierda su casa.

Al llegar a las puertas de la propiedad y atisbar los jardines podemos oler e incluso saborear la paja. El humo y las llamas no provienen de la casa sino de sus heniles y de la techumbre del establo. El hermoso palomar, pintado de vivos colores, ha desaparecido. En ese instante anhelamos contemplar las níveas alas de las pequeñas aves domésticas agitándose contra el cielo de color humo. Pero no hay ninguna.

De inmediato sé a quién debemos culpar. Cuando Edmund y Thomas Derby —nuestros gemelos— y Brooker Higgs regresaron ayer noche, después de buscar leña, tenían un aire demasiado satisfecho a pesar de que no habían atrapado nin-

gún ave, ningún conejo para su olla y, dicho sea de paso, tampoco traían leña. Su único botín, hasta donde pude ver, era un pequeño saco, abultado pero que apenas parecía pesar, y sus bulliciosas y arrogantes risas. Venían de buscar setas y tenían pinta de haberse comido ya crudas unas cuantas. Yo mismo lo hice el primer verano de mi llegada al pueblo, hace unos doce años, cuando era más crédulo y menos cobarde, aunque ya no joven. Recuerdo haberlas comido, vaya que sí. Algo así no se olvida. Como tampoco se olvida que durante la jornada de ayer la última gavilla de la cosecha de este año fue cortada y almacenada, y que hoy mismo yo esperaba poder recuperarme de los excesos durmiendo largo y tendido. En aquel tiempo, pues, en compañía de John Carr, mi vecino entonces y aún ahora, salí de casa para agradecer al Señor su Generosidad recogiendo setas en estos mismos bosques. Nunca olvidaré las luces danzantes, los murmullos y las carcajadas, los fulgores y las estelas de luz que seguían a cada cosa que se movía, la increíble audacia que sentí aquella noche, el miedo sin fin (sí incluso ahora) o el puro azul de la luz que la luna irradiaba y que poco después se volvió roja. Ojalá aún tuviera el valor suficiente para buscar de nuevo esa luna.

La otra noche, cuando los gemelos y Brooker Higgs se paseaban frente a nuestras casas saludándonos con las manos aún pringosas de los restos de sus trastadas, yo mismo les pregunté: «¿Ha habido suerte?». De inmediato sacaron su botín de la saca, pues se quedaron demasiado confundidos y pasmados como para intentar ocultarlo, aún a sabiendas del sólido respeto que desde hace años siento por el amo. Aparté un puñado de hojas húmedas que las envolvían y examiné las pocas setas que todavía les quedaban —reservadas para más tarde, imagino—, además de un buen puñado de botones de oro de esos que, según se dice, cocidos en leche son tan deli-

ciosos que resucitarían a un muerto. El volumen del saco me hizo pensar que también habían recogido un bejín gigante, con su blanda piel expeliendo esporas y seguramente ya demasiado amarillenta y seca como para ser cocinado. ¿Para qué, entonces lo habían recogido? ¿Por qué no se habían conformado desahogándose a patadas con él al pasar a su lado? ¿Qué clase de muchachos volubles e impredecibles harían algo así?

Esto es lo que ocurrió. Esta es mi crónica de lo sucedido, elaborada sin tener en cuenta a alguaciles ni magistrados, aunque no por ello menos válida, pues este lugar está demasiado alejado de cualquier ciudad como para contar con tan juiciosas criaturas entre los integrantes de su rebaño. Somos demasiado pequeños y cada día los somos más. Nuestro último día de cosecha no fue tan alegre como era de esperar y no solamente porque el tamaño de las espigas de cebada de este año resultó ser más bien pequeño. Un caballero desconocido nos observaba durante la siega. Un visitante, raro acontecimiento, a la vez excitante y enervante. Nosotros segábamos con guadaña, él trabajaba con plumillas y pinceles. Llevaba a cabo un registro de nuestras labores, según dijo. Más exactamente, inventariaba nuestra tierra a petición del amo Kent. Inclínaba levemente su tablilla de dibujo siempre que alguien le preguntaba, mostrando sus garabatos; las figuras geométricas que, según él, eran campos y arboledas, y los cuadrados que representaban casas, estanques, veredas y plantíos.

Era un hombre de trato agradable, a mi modo de ver. No mucho mayor de treinta años, vestía de un modo muy parecido al amo; es decir, no para trabajar sino más bien para moverse con comodidad a la intemperie: botas robustas, jubón, pantalones de montar y un sombrero sin pluma y sin hebilla ni distintivo alguno. Lucía una barbita moldeada con cera y de forma apuntada —yo mismo tengo una paleta estrecha para trabajar

en el huerto con la misma forma entre mi herramientas—. Una barba de hombre de ciudad. Una barba de hombre acomodado. Cuando caminaba se veía claramente que se movía de un modo extraño, desequilibrado, con el brazo y el hombro izquierdos rígidos. El suyo no era un cuerpo adecuado para sortear los obstáculos y desplazarse por las accidentadas pendientes de un prado. Era torpe. Además, pensé entonces, se podían percibir en su expresión, del mismo modo que en su caminar, las obvias huellas de una enfermedad pasada. Sin embargo, nunca he conocido a un hombre más dispuesto a sonreír. Por otro lado, no podíamos evitar fijarnos en él sin preguntarnos —sin manifestarlo en voz alta, obviamente— si los garabatos que arañaban su pizarrín no llegarían a arañarnos también a nosotros de algún modo desagradable .

De cualquier manera, había una labor importante a la que poner punto final aquel día a pesar de las distracciones. Si esperábamos tener suficiente grano para todo el año debíamos ganárnoslo con el sudor de nuestra frente. La cosecha de este verano no ha sido lo suficientemente buena. Los tallos son escaúlicos. En las zonas bajas y sombrías, junto a la hondonada, y en las lomas más pedregosas y descuidadas, las plantas han crecido de forma miserable. Cortas, torcidas y débiles como nuestro tullido visitante y apenas merecedoras de ser cosechadas. Incluso el prado más grande, el que hemos dejado para el final, tenía otros años un aspecto mucho más vivo y prometedor. Desde la primavera hemos esperado con los dedos cruzados mientras nuestra mejor cebada renunciaba poco a poco a su verdor para ir adquiriendo un tono pardo. Desde la vareda, al contemplar la hilera de sauces que bordean el arroyo, el extremo superior de nuestro campo de cebada se extiende, erizándose y temblando bajo la brisa, exhibiendo sus últimos tonos ocres y cadmios, ámbares y cromos. Y los aromas que a

lo largo de este lento verano han sido débiles y húmedos al fin han adquirido una fragancia de nuez y azúcar que nos trae la promesa de cerveza y gachas de avena para este invierno. Las aristas y bigotes de las espigas de cebada ya eran lo bastante secas y quebradizas como para susurrar cada vez que eran importunadas. Y parloteaban con diez mil voces con cada batida del viento y con el roce de cualquier pequeño animal dándose a la fuga, ya fuera conejo, ratón o ave. Parecían decir: «Ya hemos tenido bastante. Nuestras cabezas están pesadas y recalentadas. Estamos secas. Traed ya vuestras afiladas guadañas y hacedlo lo mejor que podáis».

Siega y chismorreo, esa es la norma. En días de cosecha cualquier hombre, mujer o niño con dos brazos y dos piernas tiene derecho a ganarse el pan a base de incesante trabajo. En los últimos tiempos nuestra población ha menguado y por ello todos debemos trabajar. Ni una sola mano escapa a los arañazos de la paja quebradiza. Los niños van delante, buscando los tonos grises de los cardos que hayan podido crecer entre la dorada cebada. A continuación se agachan bajo las espigas para arrancar las ortigas, los cardones y la romaza. «Plantar cara a los agravios», lo llamamos. Después, son los hombres más fuertes los que se adelantan dejando caer sus guadañas y hoces sobre los cargados tallos, mientras las liebres, las perdices y los gorriones huyen como alma que lleva el diablo ante las afiladas cuchillas. Nuestras hijas y esposas recogen y atan las gavillas, sin demasiado cuidado. Y trabajan de acuerdo a una norma: «Diez para la comunidad y uno para la espigadora». Nuestros padres, de miembros ya quebradizos y frágiles, forman hileras con los haces de gavillas y desde ese instante es el sol quien se encarga de secar lo que hemos cosechado. Nuestro trabajo es consagrado por el sol. Comparado con el de los días de invierno, digamos, o con los días de siembra, este es un trabajo

satisfactorio. Más aún por la presencia de quienes nos acompañan, pues en días como este los rostros que conocemos y amamos (del mismo modo que aquellos a quienes conozco y por los que no siento tanto apego) están reunidos en un solo lugar y trabajando dentro de los límites de nuestra tierra y nuestras esperanzas comunes. Si por casualidad escuchamos a algún ciervo ansioso por ser cazado y metido en nuestra olla o a una chocha suplicando por convertirse en pastel de carne, todos, como uno solo, alzamos la cabeza y contemplamos el bosque, como uno solo nos incorporamos y miramos hacia el sol con aire de reproche cuando de repente una nube bloquea sus rayos. Mientras nuestras hoces y herramientas charlan y parlotean al unísono al ritmo incesante de nuestro trabajo, todo cuanto decimos es oído por los demás, de modo que reinan la franqueza y la alegría.

El trabajo comunitario que requiere la cosecha también nos permite ser procaces. Nuestro humor madura a medida que la cebada cae. Es lícito chismorrear a voz en grito, es lícito poner la carnaza y picar el cebo. ¿Quiénes comparten esposa? ¿Qué barbudo soltero ha llegado a intimar en exceso con su cabra favorita? ¿Qué viudo (en este caso me miran a mí) ha mojado pan en olla ajena? ¿Cuáles de nuestros sonrojados jovencuelos serán herederos *prestados*, es decir, qué niños habrán sido concebidos en la cama de un hombre y criados en la de otro? ¿Quién la mete donde no debe? ¿Quién busca calor junto a su saco de grana? Cuando se trata de cortar el maíz no tenemos límites.

De modo que ayer fue de lo más natural que, mientras el señor Quill,¹ sin despegarse ni un instante del amo Kent, ma-

¹ «Señor Plumilla». Mote irónico que hace referencia a sus habituales herramientas de trabajo.

nipulaba sus aparatos y trataba de cuantificar los volúmenes de nuestro campo en barbecho, todos nos preguntásemos en voz alta si nuestro visitante urbanita habría sido capaz a lo largo de su vida de superar sus evidentes limitaciones a la hora de conseguirse una esposa dispuesta y complaciente. ¿Era acaso marido para alguna esposa? Y si lo era, ¿qué sonrojantes placeres obtendría la señora Quill de semejante tambaleo y rigidez o qué provecho recibiría la dama del hecho de que el torpe mentón de su amante se pareciera tanto a sus a buen seguro velludas partes pudendas? «Me encantaría poder pasarle la hoz a esa barbita suya», dijo mi vecino John. Otro dijo: «Pues yo preferiría ofrecerle a ella mi herramienta». Y desde ese momento, por supuesto, la obscenidad siguió creciendo y creciendo durante la noche del modo más juguetón en lo que se refería a la perspectiva de acariciar la barbita de tres picos del señor Quill y el atributo gemelo de la hipotética señora Quill; hasta tal punto que cada vez que el susodicho se mesaba la barba pensando en algo, lo que a todas luces era su costumbre, las mujeres apenas podían evitar sonreír mientras sus hombres lo observaban mordiéndose los labios. «¿Y acaso os habéis fijado en esas manos tan pálidas?», comentó una de las hijas del pueblo. «Me pregunto si alguna vez se las habrá ensuciado, a no ser para...». No, no se permitió poner fin a esa frase. Lo que tenía en mente no parecía humanamente posible.

Solo cuando el caballero volvió a presentarse al final de la tarde en el ajetreado campo para retomar su tarea de cuantificar y medir nuestras vidas, volvimos a preguntarnos una vez más cuál podría ser el destino de nuestras amados pagos y a sentirnos inquietos. ¿Qué quería de nuestras tierras y qué pretendía evaluar con sus cálculos? Vimos cómo su dedo se deslizaba sobre sus cifras. Escuchamos cómo contaba hasta alcanzar la miserable cifra de cincuenta y ocho almas que nos

representaba. Sabemos lo bastante para comprender que en el mundo exterior la harina, la carne y el queso no se dividen en partes y porciones para la despensa como se hace aquí sino que son medidos y pesados para su venta. ¿Era la aparición del señor Quill la confirmación del rumor llegado a nuestras puertas según el cual el amo Kent vivía de tal modo en la estrechez ahora que era viudo que se había visto en la necesidad de tasar y vender nuestras tierras? No habría franqueza y jovialidad en el mundo capaces de aliviar nuestro espíritu una vez que semejante miedo hiciera presa en mis vecinos. En esos momentos la siempre dispuesta sonrisa de nuestro observador nos resultaba amenazadora.

La alarma se fue extendiendo lentamente. Sin embargo emprendimos en silencio el final de nuestra tarea, con menos lascivia y más escrupulosamente al sentirnos observados. Ahora cada berrido de ciervo y cada ajeo de la perdiz era una señal de advertencia. Cada nube que oscurecía el sol nos recordaba que ya nada en esos campos estaba a salvo. Nos limitábamos a murmurar, demasiado ansiosos para levantar la voz lo suficiente como para que nuestros compañeros de fila pudieran escucharnos. Los rostros de algunos de los más jóvenes parecían afirmar que estaban dispuestos a defender nuestras escasas hectáreas de tierra con su vida o con las vidas de quienes se interpusieran en su camino. El típico pavoneo silencioso. En lugar de hablar dirigían su ira contra los pichones y los grajos y algunas de las palomas blancas del amo que de cuando en cuando descendían para robar el grano caído que por derecho como espigadores nos correspondía. ¡Esos demonios níveos! La blancura fuera de estación de su plumaje hacía que sus diminutos ojos de guisante parecieran aún más fríos y codiciosos que los de sus congéneres de colores grises y negros. «¡Y ahora se dan un festín a costa de nuestro pan y nues-

tra cerveza!», se oía decir. Y enviaban a sus hijos para que las apedrearán con sus hondas o las espantaran con una lluvia de guijarros o a base de gritos, cualquier cosa con tal de dejar claro que todo aquello era nuestro. El aire estaba impregnado de alas y chillidos. Y nuestro último día de cosecha llegaba a su fin.

Como iba diciendo, tan pronto como la agotadora jornada de trabajo concluyó y toda nuestra cebada fue recogida y transportada para su almacenaje, los gemelos Derby y Brooker Higgs, hombres solteros en un pueblo desalentadoramente falto de mujeres solteras, se dirigieron hacia los bosques mientras la mayoría de nosotros —el resto de nosotros— ya de vuelta en casa, hacíamos inventario. Sacudíamos la cabeza y buscábamos en nuestro corazón motivos para persuadirnos de que el amo Kent era un hombre demasiado bueno y justo como para vender nuestros campos. Siempre había cuidado de nosotros. Nosotros siempre habíamos cuidado de él. Además, ¿qué pruebas había de tal venta? ¿La aparición de un caballero barbudo y lisiado? ¿Sus tablas y dibujos? ¿El recuento de nuestras cabezas? No, no debíamos ser tan desconfiados. Debíamos afrontar el día de descanso con el corazón tranquilo y después disfrutar de la siguiente jornada en la que nuestra Reina de la Cosecha de este año sería la primera en inclinarse sobre la tierra para recoger un grano del cereal. Después las estaciones se sucederían según su secuencia habitual y así seguiría siendo cosecha tras cosecha y año tras año. Todo permanecería como hasta ahora. O eso pensábamos. Por el momento estábamos tranquilos y ociosos. Pero a diferencia de los tres solteros, nosotros no habíamos salido al bosque a buscar setas alucinógenas para después idear alguna manera de ajustar cuentas con los pájaros que nos robaban el grano, especialmente con las palomas blancas del criadero del amo.

Tampoco nosotros nos habíamos tropezado con un gigantesco cuesco de lobo, gordo como la cabeza de un herrero pero demasiado seco para comer. Una seta bomba tan grande y seca es buena, como cualquier pillastre acostumbrado a patear los bosques sabe, para provocar fuegos aquí y allá. Y también lo es, si así lo deseas, para iniciar un fuego en los corrales del amo mientras todo el mundo duerme y los negros agentes de la noche despliegan sus malas artes.

Por supuesto, estos hombres con paja en la sesera no pretendían matar a tantas palomas del amo. Ni siquiera iniciar un incendio. Su plan era únicamente provocar el humo suficiente para espantar a los pájaros. Pero su improvisada antorcha fue colocada antes del amanecer en el altillo, entre la paja seca recogida por las palomas y transportada hasta el interior del palomar para hacer sus nidos. No hizo falta mucho tiempo para que el calor se transformara en llamas y para que las llamas, avivadas por el frenético batir de alas de las palomas asustadas, se extendieran hasta las vigas interiores del tejado. Alimentadas por los esmaltes de la madera, pronto alcanzaron la parte superior de las pacas de heno recogidas durante el verano. Cualquier pájaro huye del humo, pero lo único que estas palomas podían hacer era buscar refugio en las esquinas del altillo o lanzarse contra los puntales del tejado tratando de encontrar alguna vía de escape. ¿Aunque quién sabe realmente cómo reaccionarán las palomas ante el fuego? Quizá se limitaron a quedarse quietas y gorjear, demasiado tontas para intentar cualquier otra cosa, hasta que sus plumas estuvieron chamuscadas y su carne carbonizada hasta el hueso. Ocurriera lo que ocurriera, una cosa es cierta: en los alrededores del establo flota esta mañana un infame olor a carne quemada. Y a los gemelos y Brooker Higgs sin duda les aguarda el peor despertar de toda su vida.

En cualquier otro lugar, un acto tan deliberado de piromanía sería castigado con la horca. Los culpables serían encadenados delante de todo el pueblo y servirían de alimento a los mismos pájaros a los que intentaban alejar de los campos durante la cosecha. Pero como ya he dicho, estos campos nuestros están muy lejos del bullicio de cualquier ciudad. Dos días a caballo o tres días en carreta nos separan de la plaza del mercado más próxima. No tenemos alguacil ni magistrado. Y el amo Kent, nuestro terrateniente, es bueno y justo, y notablemente tímido cuando se trata de aplicar la ley y sus castigos. Prefiere tolerar los actos de un malhechor entre sus trabajadores a dejar a una familia sin padre, marido o hijo. Por supuesto, el incendio de los establos del amo junto con su palomar, la pérdida del heno y las palomas, no es un delito que pueda ser pasado por alto sin ningún castigo. Si los causantes son identificados pueden contar con una buena azotaina seguida de una larga época durmiendo a la intemperie y fuera de los límites de nuestras tierras. Es posible que alguno de sus animales —un par de cabras, quizá, algunos cochinitos recién destetados— sea reclamado como recompensa. Pero sus vidas en ningún momento estarán en peligro. No aquí. De modo que quizá lo más conveniente es que nuestros solteros mantengan la calma, salgan a combatir el fuego que ellos mismos iniciaron y aparenten ser inocentes en espera de que todo el mundo interprete el incendio como un acto de Dios. En pocas palabras, que todo ha sido obra de la mala suerte y que no hay absolutamente nadie a quien culpar.

Pero Brooker y los gemelos no son muy duchos en el arte del engaño. No saldrían airosos representando un papel sobre ningún escenario, a diferencia de muchos otros renegados y cortadores de gargantas capaces de huir de la justicia disfrazados. Su culpa es obvia para cualquiera dispuesto a verla. Se

muestran demasiado ruidosos y entusiastas, especialmente cuando el amo Kent sale a nuestro encuentro envuelto en la capa que su esposa tejió para él durante el invierno de su muerte y se detiene conmocionado, junto a su yegua —ahora a salvo—, a una distancia prudencial de las llamas para contemplar cómo su establo se viene abajo. Su hogar y su tranquilidad también perecieron bajo las llamas tiempo atrás. Los culpables hacen todo lo posible para atraer su atención, para hacerle ver lo leal e incansablemente preparados que están para servir a su causa. A diferencia del resto de nosotros, incluido el amo Kent, de ninguna manera están dispuestos a admitir la extraña e infantil fascinación que provocan las llamas y el modo en que convierten los objetos sólidos en aire y cenizas. Al contrario, dirigen y apremian los esfuerzos por traer cubos de agua del estanque y de las cisternas. Convierten en un gran espectáculo el acto de contener las llamas con sus palas. El fuego ha dejado sus lenguas secas como el heno. Pero no muestran miedo. Es como si sus vidas dependieran del hecho de aplacar ese fuego.

Por supuesto, también son ellos, y Brooker Higgs especialmente, pues él es el orador, quienes organizan la búsqueda de los responsables. Resulta claro de inmediato —es decir, tan pronto como él lo sugiere— que nadie está dispuesto a tragarse la idea de que un fuego como este ha sido causado por el azar o por el calor excesivo acumulado en el almiar. Un buen henil es una construcción tan sólida como una casa, con gavillas a modo de ladrillos. Puede sudar y llegar a cocerse. ¿Pero qué fue lo que provocó el fuego? No hubo relámpagos durante la noche. Nadie quemó rastrojos en las casas cercanas propiciando que alguna errática chispa se perdiera en la propiedad del amo. Nadie estaba durmiendo en la cuadra a la luz de una vela. Nadie podría acusar al amo de ir a visitar a sus palomas con la pipa encendida.

No, esto ha sido un acto malicioso. Brooker asiente mostrándose de acuerdo. Quienquiera que haya llevado a cabo esta obra del diablo, sugiere ahora, señalando los restos carbonizados de la escala del granero que esa misma mañana el culpable y sus cómplices colocaron para subir hasta el palomar, probablemente pretendía marcharse con algunas palomas del amo. Para comer. Pero ¿quién tiene el estómago tan vacío como para necesitar robar la comida de su vecino? ¿Por qué hacerlo si la noche pasada el amo prometió matar un ternero para poner punto final a la cosecha y celebrar la elección de la Reina de este año? ¿Quién, entonces, de entre todos nosotros robaría una paloma para llenarse el estómago antes de disfrutar de la carne de un ternero? No, el dedo de la sospecha no apuntaba a los lugareños —¡solo de pensarlo!— sino a un forastero.

Son recién llegados, salieron de la nada y aparecieron en las lindes de nuestro bosque, dice alguien, precisamente como Brooker esperaba que ocurriera. El denunciante agita las manos señalando a la distancia, a los prados cerca de las lindes, hacia esa otra columna de humo más húmedo y oscuro que todos pudimos ver esta mañana cuando nos dirigíamos hacia el establo. Desde donde estamos, el delicado penacho negro aún se eleva hacia el cielo, levemente inclinado por la suave brisa sobre las copas de los árboles.

—Les daremos la oportunidad de hablar —dijo el amo, con suavidad—. Veremos qué responden, pero no antes de haber remojado todo esto y asegurarnos de que todos los edificios están a salvo.

Mira a su alrededor y sacude la cabeza con gesto de impotencia. Esto ha sido un duro golpe para él, otra carga que soportar. Sus ojos están húmedos. Aunque quizá solo sea a causa del humo. «Bien...», comienza a decir mirando hacia el sombrío cielo sobre el asentamiento de los recién llegados.

Pero deja el comentario a medias, suspendido en el aire entre todos los presentes. Lo que pretende decir es que su corazón está abrumado ante el mero pensamiento —la lógica sospecha, en realidad— de que sea esa segunda columna de humo la que le conduzca hasta los asadores de palomas. En ese preciso instante se da cuenta de que su deber le exigirá hacer gala de mano dura y firme.

Comprendo que este es el momento de intervenir, de levantar las manos y exponer mi versión y hablar del bejín seco. O al menos debería llevarme a un lado a Brooker Higgs y darle un buen codazo en las costillas. Pero en vez de eso contengo mi lengua. El cuesco de lobo no es evidencia suficiente. Tampoco lo es el juego sucio. Además, percibo en el ánimo de los presentes la necesidad de que este drama siga su curso y muera entre las mismas llamas. Hoy es nuestro día de descanso y queremos que el aire vuelva a ser limpio lo antes posible —limpio de peligro y limpio de humo— para poder disfrutar como merecemos del final de nuestras fatigas. Esta noche tendremos cerveza para beber, carne de ternera para comer y escogemos a la joven más bonita para que sea nuestra Reina de la Cosecha. Estoy seguro de que no soy el único que ha decidido permanecer callado y no alzar, como sin duda debería, su mano para hablar. No queremos echar a perder nuestro día de fiesta, y tampoco valoramos más el heno y las palomas que a los hijos de nuestros propios vecinos.

Mi mano, de hecho, está demasiado herida para poder levantarla. Yo estaba entre los voluntarios que trataron de sacar a empujones algunas de las pacas de paja aún ardientes hacia el prado, donde estaba dispuesta la línea de cubos de agua para sofocar el incendio, para al menos salvar algo del forraje de invierno del amo. Empapé mi pañuelo en un cubo de agua y me lo até alrededor del cuello para cubrirme la nariz y la boca.

Acto seguido, en compañía de mi vecino Carr, entré en el establo y, bajo las ya débiles vigas que no dejaban de crujiar, comprobé si aún había algo que pudiéramos salvar. Colocamos con decisión nuestras manos y pechos contra la alpaca de heno más cercana, posicionamos firmemente las piernas y empujamos. La bala comenzó a moverse pero solo consintió en dar medio giro. De nuevo tensamos los músculos para volver a empujar, pero esta vez mi mano se hundió en la alpaca y quedó atrapada entre la paja que ardía lentamente, sin llama. Me quemé las puntas de los dedos. No me queda ni un solo pelo por debajo de la muñeca. La palma de la mano está abrasada y me duele lo indecible. He de confesar que un hombre a la parrilla no huele ni la mitad de bien que una paloma asada. La herida es grave. Mi piel está más roja que una baya de espino. Hago lo que puedo para soportar el dolor sin gritar y no dar lugar a un nuevo espectáculo. De cualquier modo, no ansío la simpatía de nadie. De hecho es el patrón en persona quien instantes después me rodeaba los hombros con un abrazo, haciendo gala de su piedad y su compasión por lo que me ha ocurrido. Sabe bien que un granjero con una mano herida es tan útil como una horqueta con un solo diente. No sirve para nada, especialmente en época de cosecha. Desde luego estoy más preocupado en esos momentos por mi propia carne que por la de cualquier desconocido. Ahora he de volver a mi casa y preparar una cataplasma para la herida a base de clara de huevo y harina fría. A continuación, una pizca de sal para apaciguar las vejigas. Por hoy habré de conformarme con mi condición de inválido. Por hoy, al menos. Me sentaré y observaré el mundo. Ocurra lo que ocurra, cuando mis vecinos vayan a encontrarse con los recién llegados que se han asentado en los límites de nuestras tierras, tendrá lugar sin mí.